

Elección de pareja. Una aproximación autoetnográfica

María de la Luz Luévano Martínez¹

La elección de pareja

La relación de pareja como un vínculo sexo-afectivo supone compartir aspectos emocionales, físicos, intelectuales, ideológicos y emocionales de ambas personas, a su vez, implica adentrarse en la vida social de la otra persona; esto es, relacionarse con los grupos sociales del(a) otro(a), particularmente con la familia y amigos; así como integrarse a sus actividades cotidianas, de esparcimiento, compartir estilos de vida. Por tal motivo, toma relevancia poner especial atención a quién se va a elegir

¹ Este artículo emana del trabajo realizado en mi tesis doctoral, *Las dinámicas socioculturales del amor en pareja. Una aproximación autoetnográfica*. Mi doctorado fue en Estudios Socioculturales por la Universidad Autónoma de Aguascalientes, México.

como pareja, a través del conocimiento de la otra persona. Una estrategia de elección de pareja ha sido elegir a aquella persona con igualdad de atributos, ya que esa afinidad le permitirá a la pareja tener una mejor convivencia y que se pueda dar una relación estable y a largo plazo.

Las preferencias por determinados atributos varían según lo que la persona internaliza en el transcurso de su vida, como los valores, estilos de vida, gustos, formas de relacionarse, etcétera; muchos de esos son aprendidos en los primeros años de socialización tanto en el núcleo familiar como en el entorno educativo, o adquiridos por influencia de los círculos de amigos y conocidos. Matthijs Kalmijn sugiere que las preferencias de elección de pareja surgen de la interacción de tres fuerzas sociales: las preferencias de los individuos por ciertas características en una persona, la influencia del grupo social del que son miembros y las limitaciones del mercado matrimonial en el que están buscando pareja (1991a, 1998, traducción propia). En este artículo me enfocaré primordialmente en la influencia del grupo social y las preferencias personales, especialmente cuando hubo discrepancia entre ellas.

Por lo tanto, el propósito de este trabajo, de corte autoetnográfico, consiste en mostrar cómo mis preferencias personales al momento de elegir pareja comenzaron a verse contrariadas por la influencia de mi grupo social, particularmente la de mi familia. Esto en un contexto como el de la ciudad de Aguascalientes, en donde a las mujeres heterosexuales de clase media se nos seguía presionando para escoger a un hombre según su estatus y su clase social. Pero, poco a poco, las mujeres nos íbamos desvinculando de ese mandato para elegirlo según nuestras afinidades personales, particularmente por aspectos que tuvieran que ver con su nivel intelectual, logros educativos, ocupacionales, así como con sus valores, normas y estilos de vida.

La fuerza del grupo social para la elección de pareja

Aunque la elección de pareja es un hecho personal, inexorablemente se ve influido por el contexto sociocultural, pues las personas heredamos rasgos particulares desde el nacimiento, los cuales marcan nuestra posición social, tales como “la raza, la pertenencia étnica, el origen migratorio y la clase social de origen” (Solís, 2015, p. 60). A su vez, lo internalizado en nuestra etapa de socialización con nuestra familia, grupos cercanos o escuela, prescribe en no-

sotros una forma determinada de actuar, al momento de relacionarnos con los otros en sociedad.

Cuando las personas estamos en el proceso de elegir pareja, esperamos que la otra persona tenga características afines a las nuestras con el objetivo de que la relación tenga mayores posibilidades de éxito que de fracaso. A esta tendencia de elegir a alguien con características similares se le llama homogamia. Ahora bien, existen diferentes tipos de homogamia, los cuales están en función de las predilecciones familiares, sociales y personales. Cuando las preferencias de elección se determinan por la similitud de la pareja con respecto a la clase social heredada de los padres, se le llama homogamia adscriptiva (Kalmijn, 1991b, traducción propia). En este tipo de homogamia se valora el nivel socioeconómico de la familia de origen y se incentiva a elegir a esa persona con igualdad de recursos económicos. Esto ofrece certidumbre de que los bienes no se contraerán, más bien, el mismo nivel de la pareja contribuirá a mantener o acrecentar la posición socioeconómica mutua, aumentando los ingresos y el nivel social de la familia (Kalmijn, 1998). En este sentido, cuando la homogamia adscriptiva se da en una sociedad en donde no exista igualdad de oportunidades para mejorar el nivel socioeconómico de las mujeres por sus logros propios, éstas verán en el matrimonio la garantía para su subsistencia. Los hombres, por su parte, pondrán su atención en el origen social de la mujer al momento de elegir pareja. Por tanto, en una sociedad con alta segregación de roles de género, se puede esperar que las mujeres procurarán elegir a quienes les ofrezcan certidumbres económicas, mientras que los hombres buscarán a aquellas mujeres que posean otras cualidades, como el origen social que les proporcione *status*, así como la belleza física (Solís, 2015).

La fuerza de las preferencias personales para la elección de pareja

Cuando las personas elegimos a una pareja según sus logros educativos, ocupacionales, así como en sus “valores, normas, estilos de vida, actividades de ocio, gusto, erudición intelectual, estilos de habla y experiencias de vida” (Kalmijn, 1991b, p. 501), estaremos dejando en segundo plano la homogamia adscriptiva para hacer una elección de pareja por homogamia adquirida, la cual indica que la selección “no depende tanto de lo que las personas heredan de su familia sino de lo que han logrado por sí mismas” (Solís, 2015, p. 60).

En la medida en que la homogamia adquirida se basa en preferencias de similitud educativa y cultural, podemos esperar que la educación gane importancia como un factor en la elección del matrimonio (Kalmijn, 1991b, p. 503). Lo anterior indica que a mayor educación, las personas tenderíamos a valorar más la elección de pareja según nuestras preferencias por los logros adquiridos. Esto, particularmente para las mujeres, ha significado un giro en lo que respecta a las características deseables en la pareja, ya que el incremento en los niveles educativos y la participación laboral ha influido de manera directa en los patrones de selección del matrimonio. De tal forma, los casos de homogamia adquirida han ido aumentando a razón de que las mujeres, en las últimas décadas, han igualado su participación educativa con la de los hombres (Kalmijn, 1991b), lo que ha influido en que las preferencias de muchas mujeres estén encaminadas a elegir hombres con similar nivel educativo, intelectual y logros profesionales.

Por lo dicho, es de notar que en algunos grupos los criterios de selección de pareja han ido cambiando, es decir, la homogamia adquirida está teniendo cada vez más influencia cuando se elige pareja. Lo anterior surge a pesar de que la homogamia adscriptiva sigue teniendo un papel preponderante, especialmente en aquellos grupos donde el origen socioeconómico es más valorado que el nivel intelectual, el logro educativo u ocupacional de la persona. Esto lo muestra una investigación realizada por Patricio Solís en la Ciudad de México, en donde fue evidente que los factores adscriptivos seguían siendo importantes en el proceso de selección de parejas, de tal manera que las elecciones de pareja “no dependían únicamente de las cualidades adquiridas sino también de la posición social heredada de los padres” (2015, p. 69). Por lo tanto, “la elección de un *buen partido* se encuentra determinada por una mezcla de características familiares heredadas y atributos adquiridos” (Rodríguez, 2016, p. 180).

De la fuerza de la homogamia adscriptiva a la homogamia adquirida

Tomando en cuenta lo anterior, explicaré en esta autoetnografía algunos elementos del interaccionismo simbólico, el cual nos ayudará a comprender que a partir de la interacción podemos modificar o alterar los significados y los símbolos, debido a nuestra capacidad de pensamiento y a nuestra habilidad

para relacionarnos (Ritzer, 1993 y 1997). Así, en primera instancia, los condicionamientos del grupo social que pueden ser de influencia para elegir pareja pueden cambiar en la interacción, produciendo una resignificación de las preferencias de las personas al momento de elegir pareja. Recurro al término del *self* para explicar cómo el conjunto de roles internalizados en mi infancia y en mi juventud influyeron sobre las características que debía tomar en cuenta al momento de elegir pareja; a su vez, cómo a partir de mi capacidad de agencia, decidí tomar en cuenta mis preferencias personales sobre lo socialmente normado. Por lo tanto, considero pertinente explicar esos condicionamientos a partir de la identificación del *yo* y del *mí*, en donde le adjudico al *mí* aquellas conductas de la homogamia adscriptiva y adquirida, que estaban ahí para pautar mis actos, pero que en la interacción misma el *yo* respondió con comportamientos de manera espontánea.

En el transcurso de la vida, vamos aprendiendo a tomar ciertas actitudes en relación con los otros, tanto en lo individual como en lo grupal, respondiendo con determinados comportamientos, a veces esperados por el otro, pero otras veces no. Así, en el proceso de toma de conciencia, vamos creando gradualmente una definición del *self*, el cual “es un proceso de concienciación y definición del propio sí mismo y como tal, siempre es cambiante y dinámico” (Díez, 2010, p. 28). De este modo, el *self* se irá construyendo a partir de la experiencia social y de los procesos sociales (Mead, 1973 y 1982), que surgen en el contexto interaccional, así como por la forma en que la persona va enmarcando lo comprendido en el contexto y a través de las reglas (Goffman, 1959 y 1997). Por lo tanto, el *self* presupone entonces un proceso social, en donde se da la comunicación entre los humanos (Ritzer, 1993 y 1997).

Ahora bien, el *yo* y el *mí* son parte del proceso y la experiencia que vive el *self*. El *yo* “es la acción del individuo frente a la situación social que existe dentro de su propia conducta, y se incorpora a su experiencia sólo después de que ha llevado a cabo el acto” (Mead, 1973 y 1982, p. 203). A su vez, el *yo* se refiere a aquellas partes del sí mismo que son impredecibles, espontáneas y únicas para una persona (Díez, 2010, p. 28); por tanto, gracias a esa naturalidad en los actos, “el *yo* hace posible el cambio de la sociedad (Ritzer, 1993 y 1997, p. 235). “El *yo* reacciona gracias a la adopción de las actitudes de otros. Mediante la adopción de dichas actitudes, hemos introducido el *mí* y reaccionamos a él como a un *yo* (Mead, 1973 y 1982, p. 201), por lo que el *yo* es la reacción del *mí*. Por lo tanto, “el hecho de que el *mí* se aprenda en interacción con otros,

significa que está determinado por las relaciones sociales” (Díez, 2010, p. 28), por lo que el *mí* “surge para cumplir tal deber: tal es la forma en que nace en su experiencia” (Mead, 1973 y 1982, p. 203). Así, “el *mí* permite al individuo vivir cómodamente en el mundo social” (Ritzer, 1993, p. 235). “Puede que haya en nosotros dos personas, una mejor y otra peor, pero no es el yo frente al *mí*, porque ambos son personas. Aprobamos a una y desaprobamos a la otra, pero cuando hacemos surgir a una u otra, están presentes, para tal aprobación, en su calidad de *mí*” (Mead, 1973 y 1982, p. 201).

Considero pertinente recurrir al *yo* y al *mí* para explicar cómo se fue dando mi proceso de elección de pareja. El lector podrá ver en la narrativa de esta autoetnografía que mis acciones, esas caracterizadas por el *mí*, están representadas por los mandatos de mi grupo de pertenencia al momento de elegir a un hombre, los cuales enfatizaban poner atención en su clase social, esto es, por homogamia adscriptiva. Así como también tomar en cuenta aquellas preferencias según mis prioridades; en este caso el nivel intelectual, educativo y cultural, es decir, por homogamia adquirida. A su vez, expongo aquellas acciones del *yo*, las cuales fueron las reacciones espontáneas que surgieron al momento de estar interactuando con mi posible pareja.

Consideraciones metodológicas

La estrategia metodológica a la que recurrí para la realización de este artículo fue la autoetnografía, ya que permite “acercarnos a la investigación y a la escritura, que busca describir y analizar sistemáticamente las vivencias personales con el objetivo de entender la experiencia cultural” (Ellis, Adams y Bochner, 2010, p. 2); “una vida individual puede dar cuenta de los contextos en los que le toca vivir a una persona, así como de las épocas históricas que recorre a lo largo de su existencia” (Blanco, 2012, pp. 54-55). En este sentido, “nunca una historia de una experiencia personal será una producción individual, ya que ésta se deriva de un gran grupo cultural ideológico y de un contexto histórico” (Denzin, 2014, p. 56).

Desde sus comienzos, la autoetnografía ha estado estrechamente conectada con generar explicaciones en torno al “género, la raza, la familia, la nación, a las políticas, al capital, a la tecnología, a la teoría crítica social, y el criticismo cultural; esto es, a los debates de las preguntas sobre conocimiento,

y sus representaciones y presentaciones” (Denzin, 2014, p. 71, traducción propia). En este tenor, la autoetnografía ofrece una perspectiva que cambia las formas canónicas de hacer investigación y de representar a los otros, al tratar a la “investigación como un acto político, socialmente justo y socialmente consciente” (Ellis *et al.*, 2010, p. 2), propiciando un espacio abierto para abordar temas a partir del testimonio de quien investiga. Esta metodología “reconoce y da lugar a la subjetividad, a lo emocional y a la influencia del investigador en la investigación, en lugar de esconder estas cuestiones o asumir que no existen” (Ellis *et al.*, 2010, p. 4, traducción propia); la persona que investiga interpreta el fenómeno según su propia perspectiva, “sin el pretexto de haberse eliminado como participante en el estudio” (Tilley-Lubbs, 2015, p. 277), elevando a la esfera pública la existencia de un suceso que aconteció en lo privado e íntimo, convirtiendo con ello su asunto en competencia social, política y cultural.

La autoetnografía como una metodología horizontal pone en el mismo punto al/la investigador(a) y al hecho que se investiga; en el sentido de que “quien investiga y lo que se investiga son uno al mismo tiempo” (Ellis, 2004), esto es, el/la investigador(a) es el instrumento que se estudia (Richardson y St. Pierre, 1994 y 2005) porque “es a la vez actor y participante en el estudio” (Tilley-Lubbs, 2015, p. 277) mediante el autoconocimiento y la introspección de sí mismo. De tal modo, quien investiga se autositúa en el mismo plano del fenómeno, porque sabe dónde autolocalizar su vivencia, en el momento histórico preciso, en el espacio y realidad sociocultural particular. Ahí, quien hace autoetnografía inicia su investigación focalizada en el *yo* y localizada en un hecho significativo del pasado, retratando a su vez el espectro cultural que la contuvo, pues sus pautas personales de comportamiento pertenecen a un constructo mayor de dinámicas culturales en donde fueron socializadas. En este tenor, esas pautas reflejan críticamente los modos en que nuestras vidas personales se cruzan, colisionan y se comunican con otros en el cuerpo político en formas alternativas a la construcción cultural hegemónica (Spry, 1994 y 2011, p. 499, traducción propia). Por ello es relevante que en el proceso investigativo se tenga “una actitud crítica, analítica y reflexiva, para develar los matices culturales que realmente le interesan” (Guerrero, 2014, p. 239), con el objetivo de que su narrativa autoetnográfica sea un trabajo que muestre un análisis y una interpretación del fenómeno y no quede únicamente como un relato autobiográfico.

La autoetnografía utiliza principios de la etnografía y autobiografía, por lo que es a la vez proceso y producto (Ellis *et al.*, 2010). De tal forma, para llevar a cabo el proceso autoetnográfico, toma de la etnografía el modo de estudiar y describir detalladamente los sucesos; remitiéndose al lugar de las interacciones sociales, describiendo sus normas, sus costumbres, sus pautas de comportamiento. Por tanto, esta metodología se vincula en el proceso con la manera narrativa utilizada en la práctica autobiográfica, al centrar su análisis retrospectiva y selectivamente (Ellis *et al.*, 2010) en la vida de quien investiga, en ese caso, la persona misma.

Por otro lado, para articular el producto autoetnográfico, toma de la etnografía las descripciones detalladas recogidas previamente, y comienza su análisis e interpretación, mientras que de la autobiografía toma la forma de presentar textos evocadores, estéticos y sugerentes (Ellis *et al.*, 2010). Así, esta es una metodología híbrida entre ciencia y arte, se presenta como una alternativa audaz en su proceso e ingeniosa en su producto, ya que rompe con los modos tradicionales de hacer y presentar investigación. Por tal motivo, la autoetnografía es una alternativa metodológica a los modelos tradicionales de hacer investigación, porque demuestra que es posible explicar los fenómenos sociales y culturales a través de la historia personal de quien escribe.

Asimismo, para que una autoetnografía no quede sólo en la narración de un hecho pasado, es necesario realizar un ejercicio analítico e interpretativo de la experiencia, y así lograr un equilibrio entre los siguientes aspectos: “ser etnográfica en su orientación metodológica, ser cultural en cuanto a su vertiente interpretativa y ser autobiográfica en cuanto se refiere a su contenido” (Guerrero, 2014, p. 239). De tal modo, el proceso analítico autoetnográfico debe enfatizar el *yo*, en la biografía, en la historia y en la experiencia; enfocándose en la creación de escritos representativos capaces de examinar las formas sociales y de encauzar el análisis de las “vidas específicas de los individuos que viven los procesos que están siendo estudiados con la finalidad de localizar sus vidas y sus momentos históricos” (Denzin, 2014, p. 30, traducción propia). Por lo tanto, esta propuesta metodológica estará comprometida con interpretar y explicar el cómo se da la intersección entre la historia personal y los aspectos que le caracterizan dentro de su contexto social, político y cultural, y así evitar que el producto sea un ensayo meramente narrativo o terapéutico.

El proceso autoetnográfico

El proceso autoetnográfico se lleva a cabo cuando quien investiga hace un ejercicio de introspección para evocar ese suceso específico del pasado. A partir de la autoreflexión podremos escudriñar nuestros recuerdos y develar esas epifanías, es decir, aquellas “experiencias que nos transformaron” (Ellis *et al.*, 2010, p. 5) o que marcaron un suceso de nuestra vida, haciendo un antes y un después. Al ir recordando más situaciones, podremos hacer un ensamble de nuestras historias. Quien hace autoetnografía, no ha vivido esos sucesos sólo para hacerlos un documento publicado, sino que elige experiencias evocativas, las cuales se “ensamblan a través de un análisis retrospectivo” (Ellis *et al.*, 2010, p. 3, traducción propia). Tampoco son “trozos de sucesos escogidos al azar, o recuerdos fragmentados sin sentido” (Guerrero, 2014, p. 240), más bien, quien investiga opta por aquellas epifanías que marcaron su vida personal con el fin de profundizar en ellas y así darle sentido a su historia. Ese ejercicio focalizado e introspectivo es el que le permitirá identificar los recuerdos más significativos, recopilando los hechos pasados para traerlos al presente y exponerlos en un documento. Por lo que la autoetnografía, a partir de hacer ese ejercicio restropectivo, nos permitirá comprender el proceso narrado a través de la narración del viaje (Feliu, 2007).

Ahora bien, “es en el proceso de escribir en el que se va reflexionando sobre el tema, ejercitando la introspección, y así generando conocimiento” (Bénard, 2014, p. 183). De tal modo, la autoreflexión es la clave para la subtracción de los detalles que enmarcarán nuestras epifanías, y será accionada a través de un ejercicio personal reflexivo, recursivo y reflectivo. El ejercicio reflexivo nace al hacerse consciente de sí, en un contexto social particular, estudiando y documentando lo que el recuerdo le permita obtener a raíz del proceso de introspección. El ejercicio recursivo surge cuando se realiza una práctica de ida y vuelta en el proceso de escritura, especialmente durante la selección, la colección y el análisis de su historia. Es el escribir y borrar, añadir y pulir lo escrito, lo que propicia que éste sea un proceso creativo y selectivo. Por último, el ejercicio reflectivo se da como corolario de los dos procesos anteriores, ya que a través de la información obtenida, “el investigador recurrirá a un terreno interdisciplinario, para buscar y aplicar una variedad de acercamientos teóricos, conceptuales y filosóficos” (Preissle y deMarrais, 2015, p. 4) que le permitirán complementar su estudio.

Existen varios elementos importantes a considerar en la autoetnografía, tales como la ética relacional y la veracidad de la historia. Cuando la persona “escribe sobre su vida, trae el mundo de *otros* a sus textos” (Denzin, 2014, p. 4), dando lugar al conocimiento y la comprensión de sus relaciones. En este tenor, debemos considerar que nuestra historia tiene una implicación y un alcance, es decir, al reconocer la existencia de los *otros*, debemos tener en cuenta que en nuestros ensayos autoetnográficos esos *otros* siempre estarán en nuestros escritos y nuestras historias “serán representadas con los *otros* en mente” (Denzin, 2014, p. 7). Asimismo, debemos tomar en cuenta la ética relacional, la cual nos invita a cuidar la identidad de las y los *otros*, ya que al narrar ciertos sucesos, las personas que fueron partícipes junto con nosotros en nuestras vivencias, pueden ser reconocidos a través de nosotros. De esta manera, cuando escribimos autoetnografía debemos proteger su privacidad, ya sea “alterando algunas de las características por las cuales pueden ser identificados, tales como las circunstancias, los temas tratados u otras características como raza, género, nombre, lugar o apariencia” (Ellis *et al.*, 2010, p. 9).

Otra práctica que permite avanzar en el proceso autoetnográfico en un marco ético, tiene que ver con la veracidad de la historia. Quien escribe autoetnografía apela a la memoria para hablar de un hecho pasado, intentando escudriñar el recuerdo con la mayor fidelidad posible, con el fin de cuidar la veracidad de la historia. De tal modo, quien escribe tiene la responsabilidad de contar los hechos lo más apegados a como ocurrieron y a como los vivió, sabiendo que su historia no invalida como la vivieron los otros. En este sentido, se podrá asumir que su historia es su verdad.

El producto autoetnográfico

Una vez que hemos retratado en un escrito nuestras historias, podemos comenzar con la articulación de nuestra autoetnografía, “discerniendo los patrones de la experiencia cultural evidenciada en las notas de campo, entrevistas u objetos, y después, describiendo dichos patrones usando etapas de narración (por ejemplo, el carácter y desarrollo de la trama), mostrando y contando, alterando las voces narrativas” (Ellis *et al.*, 2010, p. 9, traducción propia). Así, se podrá articular la historia, “el análisis cultural y la interpretación de los comportamientos de los/las investigadores(as), de sus pensamientos y experiencias,

a partir del trabajo de campo, en relación con los *otros* y con la sociedad que estudia” (Guerrero, 2014, p. 238). De tal manera, un producto autoetnográfico demuestra que lo estético no está peleado con el examen crítico, ya que la autoetnografía nos brinda la posibilidad de presentar un trabajo científico artístico e ingenioso. El/la investigador(a) podrá imprimir su sello creativo en conjunto con sus habilidades investigativas científicas, originando un producto artístico-científico innovador, atractivo y más accesible para nuevas audiencias.

Esta metodología conjuga el método de investigación etnográfica y autobiográfica, con un formato narrativo original y artístico, el cual rompe las pautas rígidas de investigar y de exponer los trabajos científicos, alejándose de los patrones estructurados y acartonados con el objetivo de presentar una investigación con sentido, accesible y evocativa. Asimismo, la autoetnografía va transitando

de la idea de la representación y expresión a la del diálogo y evocación, de la tercera persona a la primera; de la generalización al caso único; de la ciencia a la literatura; de la estabilidad de los hechos contados por la ciencia, a la fluidez y el dinamismo de la narración; del actor racional a la experiencia emocional; de la objetividad a la subjetividad (Feliu, 2007, p. 268).

Por ello, la autoetnografía es una metodología que renueva y refresca los modos de hacer investigación.

El producto final de la investigación, desde esta perspectiva metodológica, puede ser presentado en formatos diversos, tales como poemas, videos, obras de teatro, pinturas, grabaciones de audio, fotografías, diálogos, narrativas, etcétera, o usar varios de éstos en un mismo producto, con el fin de crear formas narrativas ingeniosas, tal como Denzin las llama, “expresiones narrativas de experiencias de vida” (2014, p. 7). De esta manera, la autoetnografía enfatiza el ingenio narrativo, el cual resalta un evento que haya sido trascendental para el/la investigador(a) y éste que le sirva como argumento para plantear y desarrollar su historia. Cuando se elige un ensayo narrativo, éste deberá ser un “texto elaborado, echando mano de algunas estrategias literarias” (Blanco, 2012, p. 57), en donde quien investiga lleve a cabo la labor de integrar la información autobiográfica con la etnográfica, haciendo a su vez

un estudio de las prácticas relacionales de su cultura, sus valores y creencias comunes con sus experiencias de vida (Ellis *et al.*, 2010, p. 3).

Mi historia

Al saber que la autoetnografía me permitiría hablar de mi experiencia sobre las características que tomé en cuenta para elegir pareja, quise exponer los hechos tal como los viví, para que mi historia quedara como un precedente que mostrara las formas socioculturales que algunas personas de Aguascalientes, al igual que yo, llevamos a cabo al momento de dicha elección. De esta manera, emprendí mi ejercicio autorreflexivo, el cual consistió en escribir lo sucedido en el comienzo de mi relación de pareja. Al tener mi historia plasmada, reconocí muchas de las pautas de comportamiento internalizadas en mi socialización, que tenían que ver con los roles de género que había aprendido en mi casa y en la escuela, y que influyeron en los modos como me relacioné en pareja.

En el ejercicio de escritura encontré la mejor forma de expresarme: poder dialogar de nuevo conmigo misma a través de mis voces internas. De manera puntual, a partir del interaccionismo simbólico, pude identificar las diferentes actitudes que hay en el proceso social, y metodológicamente me sirvió para reconocer esas actitudes en mi historia. De tal modo, en mi narrativa, el lector distinguirá a mi *yo* como María, por tener esa actitud espontánea, mientras que Luz representa al *mí*, al caracterizarse por ser la apegada a las normas. El *yo* me ayudó a comprender aquellas acciones impredecibles, espontáneas y únicas que tuve al vincularme con mi pareja. A su vez, el *mí* respondió a las actitudes autoconscientes y roles organizados que marcaron mi conducta al interactuar con mi posible pareja. Explorar estas fases del *self* me sirvió para comprender aquellos condicionamientos constituyentes del *mí*, que me llevaron a comportarme de determinada forma, muchos de los cuales internalicé en mi proceso de socialización. No obstante, este ejercicio también me sirvió para dilucidar, a través de las reacciones de mi *yo*, aquellas conductas que rompieron con los condicionamientos esperados por mi grupo social.

Así nació María, como mi voz interna más espontánea, y Luz, como mi voz interna más normada, ambas dialogando a su vez conmigo misma, Marilú, la voz de mi voz. Sus nombres los tomé de la deconstrucción de mi nombre real, María de la Luz, otorgando a María la característica más sarcástica y di-

recta, la que trataba de romper con los condicionamientos sociales internalizados; mientras que Luz era la voz de mi parte más tradicional y prudente, la que cargaba con las normas sociales aprendidas en mi casa, escuela y en mis círculos cercanos. Marilú, la voz de mi voz, lleva mi sobrenombre con el que me identifica cotidianamente la gente.

Este formato multidualógico me llevó a expresarme de mejor forma para narrar los hechos. Así, los diálogos externos, interpersonales, que tuve con mi potencial pareja y mi hermana, fueron complementados con los diálogos que iba teniendo conmigo misma, intrapersonales, en ese momento, pero que sólo quedaron en mi interior. También integré a estos diálogos internos las voces de autores cuyos trabajos teóricos me ayudaron a entender algunas de las pautas sociales ocurridas en el proceso mismo, de tal modo sus intervenciones son las citas de sus contribuciones, que yo consideré se adecuan a mis diálogos, ya que dan una explicación teórica más profunda a mi historia. De este modo, siguiendo a Stacy Holman, quise establecer una escena para contar mi historia, entrelazando conexiones intrincadas entre la vida y el arte, la experiencia y la teoría, la evocación y la explicación (1994 y 2005).

Mi producto autoetnográfico

Los actores

Para que los actores se desenvuelvan de una manera adecuada, deben situarse en un contexto de principios de siglo XXI. Los papeles principales de esta escena pertenecen a gente de clase media-alta de la sociedad de Aguascalientes. En dicha época, muchas de las familias aún se conocían entre sí, o al menos sabían de quién se trataba al referenciarse por apellidos. Al ser todavía una ciudad relativamente pequeña, la gente aún se podía ubicar visualmente en la calle, plazas o en algún evento, lo cual pautaba el comportamiento de hombres y mujeres; de tal modo que al asistir a algún lugar público era común encontrarse con conocidos, y con ello dar cuenta de algunos aspectos de su clase social, tales como qué ropa vestían, qué coche tenían y de quién se hacían compañía. Por eso, los actores deben tomar en cuenta que “el qué dirán” influía en el comportamiento de la gente, por lo que debían cuidar las formas del ser y actuar de la época.

Acto primero

Actores por orden de aparición

María- Voz interna de Marilú espontánea

Luz- Voz interna de Marilú normada

Marilú- Voz de María de la Luz

Emilce- Voz de su hermana Emilce

Eva- Voz de Eva Illouz

Al borde de la cama, al borde de los nervios: es el primer día que te esperamos para salir, es nuestra primera cita.

María: Parece que nuestro nuevo galán nos dejó plantadas.

Luz: ¡Por favor, María!, deja de angustiarnos, seguramente tendrá un motivo por el cual se retrasó, pero no tardará en llegar.

María: ¡Pues vaya manera de quedar bien en una primera cita!

Marilú: ¡No lo puedo creer!, 25 minutos después de la hora acordada y no llega.

Luz: Más vale que tenga un buen motivo que justifique su retraso, pero, bueno, mientras llega, se han puesto a pensar ¿qué coche traerá?, ¿si tiene dinero?

María: ¡Ay, Luz!, ¡no seas interesada!, lo que tenga está bien.

Emilce: Marilú, *recuerda* lo que te dije cuando estabas enamorada de ese compañero tuyo de la prepa que no tenía dinero, que tendrías que buscar una pareja que al menos fuera de una clase social igual a la de nosotras.

Eva: Tu hermana te aconseja recurrir a una estrategia tradicional para la formación de pareja conocida como la homogamia o la hipergamia, o sea, la selección de hombres con un nivel educativo y socioeconómico equivalente o superior al tuyo (Illouz, 2012, p. 108).

Emilce: Así es Marilú, ese chico de la prepa era pobre, ¡qué te podía ofrecer!, así que fíjate si Ernesto tiene dinero.

Luz: ¡Claro! Nunca está de más tomar en cuenta estos factores.

Marilú: ¡Escuché algo!, ¡ese fue el sonido del timbre!

María: ¡Vaya, llegó la potencial pareja impuntual!

Luz: Tranquila, Marilú, sonriamos como si no nos molestara su impuntualidad, no nos des a conocer tan rápido, no vaya a ser que nos vea enojadas y ya no vuelva a buscarnos.

María: ¡Pero, por favor!, ¡más vale que desde ahora vayamos marcando nuestros límites, si no, llegará tarde toda la vida!

Marilú: ¿Qué hago?, ¿le reclamo o no?

María: ¡Sí!

Luz: ¡No!

Bajo las escaleras para abrirte la puerta, dejando en el camino un halo con mezcla de enojo y emoción. Justo antes de abrir la puerta, me detengo.

Luz: Contrólate, Marilú, no le menciones nada, mejor que perciba que somos condescendientes.

María: ¡Ay Lucesita, tú siempre tan prudente!, yo opino que al menos le mencionemos algo, como que nos molestó que llegara tarde.

Luz: ¡Ya!, ¡Tranquila, respira, sonriamos, sonriamos!

María: ¡Fuera esos nervios!

Acto segundo

Actores por orden de aparición

Luz- Voz interna de Marilú normada

María- Voz interna de Marilú espontánea

Marilú- Voz de María de la Luz

Ernesto- Pareja de María de la Luz

Kate- Voz de Kate Millet

Ulrich y Elisabeth- Voces de Ulrich y Elisabeth Beck-Gernsheim

Tras la puerta de la entrada principal de mi casa, tomo la chapa fría entre mi mano, la giró a la derecha y empujo para abrirla. Estás ahí, parado atrás de la reja de la cochera, sonriéndome; yo te correspondo con otra sonrisa.

Luz: ¡Qué emoción!, ¡mira qué lindo sonrío!

María: (Con la frente fruncida y labios apretados).

Marilú: Hola, Ernesto, pasa.

Ernesto: Hola, Marilú. Perdón, se me hizo tarde.

Luz: ¡Qué educado!, punto bueno por pedirnos disculpas

Marilú: No te preocupes, Ernesto.

Ernesto: Cuando salía de mi casa, llegaron una tía y una prima a venderme unos perfumes y me entretuvieron.

María: ¡Ajá!, ¿le crees, Marilú?, ¿quizá hasta nos compró uno para remendar su impuntualidad!

Luz: Esa sería buena manera de remendar su retraso y, de paso, comprobaríamos si en verdad llegó tarde por eso.

Marilú: Bueno, no importa, aunque ya vamos tarde a la función que queríamos ver.

María: ¡Sutilmente prudente!, ¡bien por mencionarle al menos algo!

Luz: ¡Ay, Marilú!, ¿cuándo aprenderás a quedarte callada?, total, ya pasó, no vale la pena iniciar una discusión por algo que ya fue, ¡aprende a fluir!, ¡fluye!

María: ¡Está bien que haya dicho por lo menos eso!

Ernesto: ¡Vamos entonces!

Caminamos unos cuantos pasos juntos y después te alejas de mí para acercarte a un auto pequeño de dos puertas de color anaranjado, empolvado, lo cual le ayudaba a cubrir las marcas de hojalatería que tenía en el cofre, en la puerta del copiloto y en la salpicadera lateral, todas de color gris mate; me doy cuenta de que el parabrisas está estrellado. Es un coche que parece de los años setenta, no sé qué modelo ni qué marca sea, pero se ve más viejo de lo que es por lo maltrecho de su estado. Me detengo cuando veo que estiras tu mano y la diriges al manubrio del carro. Me asusto porque estoy asumiendo con esta acción que es tu auto y no quiero, no me gusta, nunca me había subido a uno así de destartado, tan descuidado. Abres su puerta, la abres para mí. Me paralizó al lado de ésta. No quiero subir, no quiero que sea tu coche, quiero que sea una broma.

María: ¿Qué es eso?, ¿en verdad vino por nosotras en ese cascarón de carro?, ¡qué vergüenza!

Luz: (Muda y con los ojos más abiertos que nunca).

Ernesto: Marilú, ¡vamos en mi auto!

Luz: ¿Qué?, ¿un hombre que estudió en el Tecnológico de Monterrey² trae este coche?, ¡está loco si piensa que nos vamos a subir a ese cacharro de hojalata despintada!, ¡qué vamos hacer si alguien conocido nos ve en él!, ¡de ninguna manera, Marilú!, ¡qué van a decir de nosotras!, ¿que salimos con un hombre que no tiene dinero?, ¡qué vergüenza!, mejor inventemos algo para no subirnos.

Marilú: Ernesto, ¿qué no vamos a ir al cine que está cerca de aquí?, ¡podemos ir caminando!

Ernesto: No, vamos al cine de Fundición, ahí hay más funciones.

Luz: ¡Por favor, no le insistas en ir al cine de aquí cerca!, va a pensar que nos rehusamos a subir a su coche, dirá que nos avergonzamos de él, pensará que somos unas mujeres interesadas. Dile que sí y sube.

Marilú: ¡Está bien!, vamos.

Luz: ¡Muy bien!, ahora el punto es para ti, ahora sólo sonrío.

Ernesto: Muy bien, sube.

Luz: ¡Mira!, te abrió la puerta, ¡qué educado!

Kate: Disculpen ustedes, para mí esas muestras de caballerosidad no son más que un monótono ritual que apenas logra disimular la actual diferencia de posición (Millett, 1969 y 1995, p. 90).

María: ¡Por favor, si es lo mínimo que Ernesto podía hacer para paliar el hecho de tener este carro tan feo!

Luz: (gira su cabeza de izquierda a derecha).

Marilú: ¡Gracias!

María: Bueno, ya que nos animamos a subir, al menos giremos nuestro cuerpo hacia Ernesto para darle la espalda a la ventana y seamos lo menos reconocibles para quien nos vea.

Ernesto: ¡Vamos!

Luz: ¡En verdad no puedo creer que hayamos subido!

María: Tranquilas, dominemos nuestra vergüenza, mejor pensemos en estrategias futuras para no volver a pasar por lo mismo.

Luz: ¿Futuras?, ¿acaso crees que vamos a salir de nuevo con él?, ¡ni pensarlo!, mejor empecemos a buscar pretextos para no volverlo a ver.

María: ¡Luz, por favor no seas tan interesada!

2 El Tecnológico de Monterrey es una de las universidades privadas más reconocidas de México, tanto por su buen nivel educativo como por ser de las que cobran una de las matrículas más alta del país.

Luz: ¡No es que sea interesada!, ¡pero es obvio que este hombre no tiene nada que ofrecernos!, ¡sólo falta que nosotras tengamos que pagar nuestra entrada al cine y las palomitas!

Marilú: Puedes irte por el centro, ahí el tránsito es menor, así llegamos más rápido al cine.

Ernesto: ¡De acuerdo, Marilú!

María: ¡Ups!, con ese comentario espero que no haya percibido que no queremos que nadie nos vea, Marilú.

Luz: Será bueno que vayamos pensando cómo insinuarle a Ernesto que cuando lleguemos al cine, nos estacionemos en un lugar alejado a la entrada principal, bien sabemos que ahí está la taquilla y todos los que estén formados nos pueden ver.

María: Ya basta, María, si vamos a seguir saliendo con Ernesto, es hora de que nos vayamos acostumbrando a que nos vean en este coche.

Luz: ¿Acaso se puede acostumbrar uno a sentir vergüenza?

María: Mmmm no sé, pero tenemos que trabajar en ello.

Marilú: ¡Mira, Ernesto, allá hay un lugar para estacionarse!

Ernesto: Ah sí, pero, ¿no te parece que está muy lejos de la entrada?

Marilú: No, me parece que está bien; además me gusta caminar.

Ernesto: Muy bien, me estaciono ahí.

María: Marilú, si no quieres que nadie nos vea bajar del coche, tan pronto lo apague, nos apresuramos a bajar, no esperemos a que nos abra la puerta.

Luz: ¡Pero es nuestra primera cita!, ¡deja que Ernesto muestre su caballerosidad!, además, si él tiene la intención de abrirnos la puerta y salimos antes, ¡jamás nos la volverá a abrir!

Ernesto: ¡No te bajes!, deja te abro la puerta.

Mientras le das la vuelta al auto, mi gran duda es si debo dejar que tú pagues las entradas al cine o yo aportar una parte. ¡No sé!, no quiero verme como una mujer *chapada a la antigua*.³

María: Ja ja ja, ¿Dejamos que nos abra la puerta del coche y no queremos vernos *chapadas a la antigua*?

3 Expresión que se refiere a la reproducción de conductas tradicionales y conservadoras.

Luz: ¿Marilú, no entiendo por qué te preguntas quien debe pagar? Deja que pague él.

María: Bueno, creo que ahora son otros tiempos, en donde las mujeres también debemos aportar. Nuestro hermano que vive en Inglaterra habla de que allá las mujeres cuando salen con un hombre, ambos pagan.

Luz: Mira, no te quieras ver muy moderna, María, ¿acaso has visto que nuestras hermanas y amigas paguen su parte cuando salen con sus parejas?, ¡no, verdad!, entonces mejor hagamos lo siguiente: no paguemos; si a él no le parece y nos deja de buscar por eso, ni modo. En cambio, si nos vuelve a buscar, asumirá que él deberá pagar cada vez que salgamos con él. Ya nos tocará invitarlo de vez en cuando.

María: ¡Inglaterra, Aguascalientes!, ¡pagar, no pagar!, ¡qué confusión! Al menos hagamos el intento de pagar, si nos dice que no, quedaremos bien, y si acepta, sabremos que así será de aquí en adelante, mitad y mitad.

Luz: ¡Para nada!, ¡si en esta primera cita él deja que paguemos, es un codo!

María: Yo lo sé, María, ¡pero al menos finjamos un poco!

Ernesto: Marilú, ¿qué película te gustaría ver?

Marilú: La que habíamos dicho: *Abajo el amor*.

María: ¡Saca la cartera, Marilú!

Luz: ¡No vayas a pagar, Marilú!

Marilú: ¡Ten!

Ernesto: ¡No, Marilú, yo te invito!

Marilú: ¡Gracias, Ernesto!

Luz y María: ¡Bien!

Ernesto: ¿Quieres algo de tomar o de comer?

Marilú: Sí, un café, pero yo pago.

Ernesto: ¡No!, ¡cómo crees!, ¡guarda ese dinero!

Luz y María: ¡Muy bien!

María: ¡Ya ven!, no nos dejó pagar, y al menos le dejamos ver que queremos contribuir.

Luz: Lo admito, los dos estuvieron bien, cada uno cumplió con su papel.

María: ¿Papel?, ¿y cuál es el que se supone le corresponde a cada uno?

Luz: Pues, Ernesto, el del hombre que invita y paga la entrada del cine y las palomitas o el café; y a nosotras, el de la mujer que deja cortejarse aceptando que le paguen.

María: ¿Acaso no se ve muy abusivo?

Luz: No, eso es lo que hacen nuestras hermanas y amigas cuando salen con sus parejas.

María: Bueno, Marilú, no estaría mal que, si volvemos a salir con Ernesto, al menos le invitemos algo, digo, para que vea que no estamos sólo interesadas en salir con él porque paga todo.

Ulrich y Elisabeth: Esas formas tan tradicionales que muestran tanta dependencia económica de las mujeres hacia los hombres responden a estructuras institucionales que proponen la desigualdad de hombres y mujeres. Por lo que si se quiere comenzar a pensar en cierta igualdad de hombres y mujeres no se puede conseguir de esta manera, ya que no podemos meter a los nuevos seres humanos *redondos* en los viejos cajones *cuadrados* (Ulrich y Beck-Gernsheim, 1990 y 2001, p. 51).

María: ¡Ya ven!

Luz: ¡Pero eso es lo que aprendimos desde niñas!, ¡nos dijeron que las mujeres debemos dejar que los hombres paguen, dejar que sean los que provean!, ¡todas las mujeres que conocemos hacen esto!, ¿por qué cambiar?

Kate: ¡Justamente, María!, esa es la principal aportación del patriarcado a la familia, la socialización de los hijos de acuerdo con las actitudes dictadas por la ideología patriarcal en torno al papel, al temperamento y la posición de cada categoría sexual (Millett, 1969 y 1995, p. 86).

Luz: Entonces, si continuamos reproduciendo estos roles, ¿seguiremos perpetuando las dinámicas desiguales entre hombres y mujeres?

Ulrich y Elisabeth: ¡Así es!, por eso no les extrañe que la relación privada de los géneros se convierta en el campo de batalla de unas confrontaciones que solamente de forma deficitaria pueden ser *resueltas* mediante los ensayos problemáticos del *cambio de roles* o de las *formas mixtas de roles* (Ulrich y Beck-Gernsheim, 1990 y 2001, p. 51).

María: Bueno, creo que estamos tratando de cambiar esas formas al cuestionarnos sobre lo que nos toca o no hacer, así que paso a pasito.

Luz: ¡Claro!, ¡así que vamos poco a poco!

Ernesto: ¿Quieres azúcar?

Luz: ¡Ay! ¡qué hombre tan cortés!

Marilú: No, gracias, así está bien.

Ernesto: Muy bien, ¡Vamos!

Acto tercero

Actores por orden de aparición

Ernesto- Pareja de María de la Luz

Marilú- Voz de María de la Luz

Luz- Voz interna de Marilú normada

María- Voz interna de Marilú espontánea

Salimos del cine, el estacionamiento ya está oscuro, caminamos hasta tu coche, en el trayecto comienzo a sentir una fresca brisa que me frota la espalda, lo que hace que apresure el paso hasta tu carro a pesar de que no quiero volver a subirme en él. Te adelantas para abrirme la puerta. Vuelvo a sentir vergüenza.

Ernesto: ¿Te gustó la película?

Marilú: ¡Sí!, me pareció divertida, ¿a ti?

Ernesto: ¡Sí, me gusta cómo actúa Ewan McGregor!

Marilú: A mí también.

María: ¡Vaya título de la película para una primera cita: *Abajo el amor!*

Luz: De cualquier forma, es una película que habla de apostarle al amor, así que estuvo bien.

Marilú: ¿Te vas a regresar por la avenida?

Ernesto: ¡Sí, ahorita ya no hay tanto tráfico por ahí!

Luz: ¡Esperemos que así sea!

Marilú: ¡Puedes doblar en la siguiente calle a la izquierda, ahí cortas para llegar a casa!

Luz: ¡No lo podemos evitar, Marilú!, nos da tanta vergüenza que nos vean en este carro, que a toda costa queremos ir por las calles menos transitadas para escondernos.

Ernesto: ¡Marilú!, ¡la puerta!

María: ¿Por qué grita tan fuerte Ernesto?, ¡me asustó!

Ernesto: ¡Cuidado Marilú, la puerta de tu lado se abrió!,

Luz: ¡Ay! ¡nos vamos a salir del auto!

María: ¡Ay no!, ¡agárrate Marilú!

Marilú: ¡Ay no!

Ernesto: ¡Agárrate, Marilú!

Luz: ¡Qué miedo!

María: ¡Qué peligroso!, ¡agarra la puerta!

Marilú: ¡Ya la tengo!

Ernesto: ¡Perdón, Marilú!, no te dije que esa puerta no cierra bien.

Marilú: ¿Qué pasó?, ¿por qué se abrió?, yo sólo me percaté que doblábamos por la avenida y de pronto, cuando volteé, la puerta se iba abriendo justo en medio de la avenida, ¡qué susto!

Luz: ¡Ves!, ¡es un peligro este carro, no debimos subir!, ¡todo un augurio el nombre de esa película!

María: ¡Esto pasó por quejarte tanto del auto, Luz!, ¡el karma nos pagó con esto por tu mala vibra!

Ernesto: ¿Estás bien, Marilú?

Marilú: ¡Sí, estoy bien!

En mi contexto familiar y sociocultural

A comienzos del siglo XXI, a las mujeres de clase media de Aguascalientes se nos insistía en ser perspicaces al momento de querer establecer una relación de pareja. A través de un ejercicio exploratorio, debíamos obtener información sobre el hombre con quien deseáramos salir, como saber su procedencia, a qué clase social pertenecía, a qué se dedicaba. A partir de esta información recabada, podíamos hacer una *elección de clase social*, pues se nos repetía constantemente que debíamos encontrar a un hombre con igual (homogamia) o mayor (hipergamia) nivel socioeconómico al de nosotras, es decir, un hombre de clase media o alta. De esta manera, al saber quién era nuestro posible compañero, elegíamos desde una posición más informada.

Bajo dicha norma, comencé a buscar pareja. Una compañera de la universidad me contó que el hermano de su mejor amiga podría ser un “buen partido” para mí. Él se llamaba Ernesto y pertenecía a una *buena familia de Aguascalientes*, cuyos ancestros paternos eran unos *acomodados* inmigrantes franceses. Además, sabía que él había estudiado contabilidad en el Tecnológico de Monterrey y aprendido inglés en Cambridge, Inglaterra. Con ese referente, acepté conocerlo, dejándome llevar por las pautas sociales que me constreñían, sin antes haberlo visto, ni haberlo tratado. Tener una pareja con ese referente socioeconómico, me daba la certeza de que tendría estabilidad económica,

pues sería un “buen” proveedor. Eso yo lo veía normal, porque así lo hacían la mayoría de mis amigas y la gente de mi entorno.

Ernesto y yo tuvimos nuestro primer encuentro en una reunión de amigos, ahí surgió la oportunidad de platicar y conocernos un poco más. Sólo sabía un par de aspectos de él, como su nivel socioeconómico y educativo; no obstante, en nuestra charla, percibí en él a un hombre inteligente e interesante en su plática, le gustaba leer e ir al cine como a mí. De tal forma fui dilucidando muchas afinidades entre nosotros. Al finalizar la reunión, me pidió mi número de celular y me invitó a ir al cine al día siguiente.

La situación parecía ir marchando como lo esperaba; sin embargo, en la siguiente ocasión que nos vimos, mis paradigmas se vieron trastocados al ver el auto maltrecho en el que venía, lo cual fue una forma violenta de asumir que me había equivocado en mi elección. Al ver su auto, asumí que su estrato social no era la que yo había supuesto, con todo que venía de una buena familia y de que había estudiado en una de las mejores y más caras universidades de México. En ese momento, las advertencias de mi madre, hermanas y tías se apoderaron de mis pensamientos: *cuando elijas a tu pareja tienes que fijarte sutilmente en su clase social y posición económica para que cuando te cases no te preocupes por las cuestiones de dinero, pues tu esposo debe ser el proveedor principal de la familia*. Me encontraba en medio del shock por fallar en mi estrategia de elección de pareja, pero hubo algo dentro de mí que me insistió en seguir con esa cita. De tal forma, aparenté que no me importaba su coche, a pesar de que, en el mismo instante que lo había visto, había querido salir corriendo rumbo a mi casa y no volver a ver a Ernesto.

Esta fue una situación totalmente inesperada, pues me confrontó con una realidad que contrariaba lo que yo creía saber. El hecho era que había fracasado en mi estrategia de elegir a alguien con un nivel socioeconómico igual o mejor al mío. No obstante, esto no me desalentó para continuar saliendo con él, ya que valoré la empatía y la afinidad que empezaba a sentir. Hasta ese momento, habíamos charlado pocas veces, pero habían sido suficientes para saber que teníamos una modo de pensar afín; de igual manera, compartíamos valores, pasatiempos, gustos y formas de ser. Además, me sentía atraída por su inteligencia, su sentido del humor y su nivel cultural.

Por lo tanto, este fue un hecho que evidencia cómo los condicionamientos socioculturales aprendidos en mi niñez y adolescencia, fueron surgiendo como burbujas en agua hirviendo uno tras otro durante las primeras citas con

Ernesto. Pese a esto, fue una experiencia aleccionadora en el sentido de que me puso frente a frente con lo que debía hacer, con lo que estaba conociendo de él y que me gustaba. Ese deber *elegir para cumplir* con los condicionamientos sociales, fue transformándose en un *elegir según mis preferencias personales*. De tal forma, mi elección que en un principio fue pautada por lo internalizado en la socialización con mi familia y grupos cercanos, se fue haciendo más compleja, al ir incorporando otras pautas derivadas de lo aprendido en otros círculos sociales, como mis grupos de pares de la universidad. Esto me permitió tomar en cuenta diferentes aspectos, como los educativos, afinidades culturales, de gustos, de personalidad y erudición. Fue gracias a esas primeras interacciones con Ernesto que me di cuenta de que éramos compatibles en nuestra forma de ser, y que congeniábamos intelectual y emocionalmente, que compartíamos valores e ideales, así como objetivos personales de vida y esas eran características que yo apreciaba. Al final del día, estos elementos fueron más fuertes que esos patrones interiorizados de tener una pareja adinerada. Decidí seguir tratándolo y, después de un mes de conocernos, decidimos emprender una relación de pareja. Por lo tanto, en mi decisión tuvieron un peso muy importante mis preferencias personales y eso me permitió no guiarme únicamente por lo normado por mi familia y grupos cercanos.

Consideraciones finales

Es importante estudiar las elecciones de pareja en los contextos socioculturales actuales, para entender cómo los individuos nos comportamos según determinadas pautas socioculturales. En este trabajo resalté las dinámicas de comportamiento al elegir pareja por similitud de características. Ya sea que se elija de la misma clase social o escoger a alguien semejante a su nivel cultural, intelectual o educativo. Estas dos preferencias, la homogamia adquirida y la homogamia adscrita, estuvieron presentes en mi narrativa autoetnográfica, las cuales tuvieron un papel preponderante al momento de mi elección.

Con lo anterior hago hincapié en que las decisiones que tomamos al momento de elegir pareja se mesen sobre una base de condicionamientos que vamos internalizando en el transcurso de nuestra socialización, pero también aquella información que vamos recabando en el transcurso de la interacción con los otros, incluida la información misma que emana de los primeros en-

cuentros con el potencial compañero. En este sentido, si mi decisión hubiera estado regida solamente por la homogamia adscrita, es decir, elegirlo exclusivamente por su clase social, no me hubiera dado la oportunidad de saber más de su persona, ni descubrir las similitudes que había entre nosotros. Así, al irlo conociendo, valoré más nuestras afinidades intelectuales, educativas y culturales, sobre la clase social y el nivel económico. ¿Qué me hizo priorizar mis preferencias sobre lo normado por mi grupo social? El saber que me complementaba más tener un compañero con afinidad de proyectos personales y formas de vivir la vida, lo cual me facilitaría establecer una relación de equidad.

Por lo tanto, haberlo elegido por aspectos educativos, culturales y de erudición y no por su clase social, expresa mi capacidad de agencia respecto a lo que yo quería y consideraba como más importante para mí y mi relación. Esta pauta demuestra una pérdida de la influencia de las opiniones, tanto de la familia como de los grupos cercanos al momento de elegir pareja; evidencia que las decisiones en torno a la elección del(a) compañero(a), apuntan a que la tendencia de elegir a alguien por las preferencias personales está teniendo más preponderancia que la influencia de la familia o el grupo social.

Sobresale un cambio en las prácticas de elección de pareja según el género, el cual tiene relación con el aumento en el nivel educativo de las mujeres, ya que estudiar nos da autonomía, nos abre un panorama de posibilidades y nos brinda la oportunidad de tomar decisiones basadas en nuestras preferencias. Además, estar más preparadas nos da la posibilidad de tener mejores empleos y una remuneración, lo cual nos facilita tener una independencia económica. Por ello, nuestras elecciones de pareja pueden estar más enfocadas a entablar relaciones más equitativas y más afines a nuestra forma de pensar que únicamente en nivel socioeconómico, con el fin de garantizar que nos mantengan.

Referencias

- Beck, U. y Beck-Gersheim, E. (1990 y 2001). *El normal caos del amor*. Barcelona: Paidós.
- Bénard, S. (2014). *Atrapada en provincia. Un ejercicio autoetnográfico de imaginación sociológica*. Aguascalientes: Universidad Autónoma de Aguascalientes.

- Blanco, M. (2012). Autoetnografía: una forma narrativa de generación de conocimientos. *Andamios. Revista de Investigación Social*, 9(19), 49-74. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=62824428004>.
- Denzin, N. (2014). *Interpretative Autoethnography*. United States of America: SAGE Publications, Inc.
- Díez, J. (2010). La aportación a la psicología social del interaccionismo simbólico: una revisión histórica. *EduPsykhé: Revista de psicología y psicopedagogía*, 9(1), 23-42. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3268858>.
- Ellis, C. (2004). *The Ethnographic I*. California, Estados Unidos de América: Altamira Press.
- Ellis, C., Adams, T. y Bochner, A. (2010). Autoethnography: An Overview. *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 12(1), 1-19. Recuperado de: <http://nbn-resolving.de/urn:nbn:de:0114-fqs1101108>.
- Feliu i Samuel-Lajeunesse, J. (2007). Nuevas formas literarias para las ciencias sociales: el caso de la autoetnografía. *Athenea Digital: Revista de Pensamiento e Investigación Social*, (12), 262-271. Doi: doi.org/10.5565/rev/athenead/v0n12.447.
- Goffman, E. (1959/1997). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.
- Guerrero, J. (2014). El valor de la auto-etnografía como fuente para la investigación social: del método a la narrativa. *Revista Internacional de Trabajo Social y Bienestar*, 3. AZARBE. Recuperado de: <http://revistas.um.es/azarbe/article/view/198691>.
- Holman, J. S. (1994 y 2005). Autoethnography: Making the personal political. In Norman K. Denzin and Yvonna S. Lincoln (eds.). *Handbook of Qualitative Research* (763-791). Thousand Oaks, CA: Sage. 3rd ed.
- Illouz, E. (2012). *Por qué duele el amor: Una explicación sociológica*. Argentina: Katz Editores.
- Kalmijn, M. (1991a). Shifting boundaries: Trends in religious and educational homogeneity. *American Sociological Review*, 786-800. Recuperado de: <http://www.jstor.org/stable/2096256>.
- Kalmijn, M. (1991b). Status homogeneity in the United States. *American Journal of Sociology*, 97(2), 496-523. Recuperado de: <http://www.jstor.org/stable/2781384>.

- Kalmijn, M. (1998). Intermarriage and homogamy: Causes, patterns, trends. *Annual Review of Sociology*, 24(1), 395-421. Doi: <https://doi.org/10.1146/annurev.soc.24.1.395>.
- Mead, G. (1973 y 1982). *Espíritu, persona y sociedad desde el punto de vista del conductismo social*. Barcelona: Paidós.
- Millet, K. (1969 y 1995). *Política sexual*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Preissle, J. y deMarrais, K. (2015). Teaching Reflexivity in Qualitative Research. En Denzin N. y Giardina M. (eds.). *Qualitative Inquiry and the Politics of Research*. 189-196. United States of America: Left Coast Press, Inc.
- Richardson, L. y St. Pierre, E. (1994 y 2005). Writing: A Method of Inquiry. In Norman Denzin and Yvonna Lincoln (eds.), *Handbook of Qualitative Research* (959-978). United States of America: Thousand Oaks, Sage Publications. 3rd ed.
- Ritzer, G. (1993 y 1997). *Teoría sociológica contemporánea*. México: McGraw Hill.
- Rodríguez, S. (2016). Selección de parejas y estratificación social: hacia una agenda de investigación. *Estudios Sociológicos*, XXXIV(100), 169-190. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=59844201007>.
- Solís, P. (2015). Entre “un buen partido” y un “peor es nada”: selección de parejas en la Ciudad de México. *Revista Latinoamericana de Población*, (7), 57-78. Recuperado de: <http://revistarelap.org/ojs/index.php/relap/article/view/62>.
- Spry, T. (1994 y 2011). Performative autoethnography: Critical embodiments and possibilities. En Denzin, N. y Lincoln S. (eds.). *Handbook of Qualitative Research* (497-512). United States of America: SAGE Publications, Inc. 4th ed.
- Tilley-Lubbs, G. (2015). La autoetnografía crítica y el *self* vulnerable como investigadora. *Astrolabio*, 14. Recuperado de: <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/astrolabio/article/view/11627>.
- Tullis, J. A. (2013 y 2016). Self and others. En Holman Jones, S., Adams, T. E. y Ellis, C. (eds.). *The Handbook of Autoethnography* (244-261). London: Routledge.
- Walker, S. and Barton, L. (1983). *Gender, Class and Education*. Sussex: The Falmer Press.

